

que se le ocurriese más pensamiento que éste: ¡Adelante!

Su obra se le subía á la cabeza. La voluntad embriaga.

El hombre se puede embriagar de su alma, y esta borrachera se llama el heroísmo.

Gilliatt era una especie de Robinson del Océano.

Pero un Robinson luchando, un Robinson combatiendo y haciendo frente á las plagas, un Robinson conquistador, y si tales palabras no fuesen demasiado grandes para un pobre marinero, pescador de cangrejos y langostas, diríamos: un Robinson Prometeo.

daba de ventillas deteniéndose el desorden del torbellino y la inmensidad del espacio, el problema ofrecido una abstracción de precipicio, el enigma mostraba y ocultando en una, el infinito distanzado de negro, de azul la noche. Al hombre le pesa esta superposición. En esta amalgama de todos los misterios de la vida, la vida misma del misterio cósmico que del misterio fatal, agobia la cabeza humana.

La presión de la sombra. V. en sentido inverso sobre las diferentes especies de almas. El hombre delante de la noche se reconoce incompleto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

SUB UMBRA.

Algunas veces, por la noche, Gilliatt abría los ojos y miraba la sombra.

Se sentía estrañamente conmovido.

Los ojos abiertos sobre lo negro. Situación lúgubre; ansiedad.

Un indecible techo de tinieblas; una alta oscuridad sin buzo posible; mezclada con esta oscuridad la luz, no sé qué luz vencida y sombría; claridad reducida á polvo; ¿es esto una semilla? ¿es esto una ceniza? millones de luces, ninguna claridad; una vasta ignición que no dice su secreto, una difusión de fuego en polvo que parece una ban-

dada de centellas detenida, el desorden del torbellino y la inmovilidad del sepulcro, el problema ofreciendo una abertura de precipicio, el enigma mostrando y ocultando su cara, el infinito disfrazado de negro, hé aquí la noche. Al hombre le pesa esta superposicion.

Esta amalgama de todos los misterios á la vez, lo mismo del misterio cósmico que del misterio fatal, agobia la cabeza humana.

La presion de la sombra obra en sentido inverso sobre las diferentes especies de almas.

El hombre delante de la noche se reconoce incompleto. Ve la oscuridad y siente la enfermedad. El cielo negro es el hombre ciego.

El hombre, cara á cara con la noche, se abate, se arrodilla, se prosterna, se arrastra hácia un escondrijo, ó quisiera tener alas.

Casi siempre desea huir, desea evitar la presencia informe de lo desconocido. Se pregunta lo que es aquello; tiembla, se abate, ignora, tambien algunas veces quiere ir allí.

¿Ir allí? ¿dónde?

Allí.

¿Dónde está allí? ¿qué hay allí?

Esta curiosidad es evidentemente la de las cosas prohibidas, porque respecto al particular todos los puentes alrededor del hombre están rotos.

Falta el arco de lo infinito. Però lo prohibido es un abismo, y todo abismo atrae.

Donde no va el pie, puede alcanzar la mirada; donde la mirada se detiene, puede el espíritu proseguir el camino, y no hay hombre, por débil é insuficiente que sea, que no pruebe á andar por él.

El hombre, segun su naturaleza, está en acecho ó está de muestra delante de la noche. Para unos es una compresion, para otros es una dilatacion. El espectáculo es sombrío, se mezcla con él lo infinito.

¿Es la noche serena? Su fondo es de sombra. ¿Es tempestuosa? Su fondo es de humo. Lo ilimitado se rehusa y se ofrece á la vez, cerrado á la esperimentacion, abierto á la conjetura.

Innumerables chispas de luz vuelven mas negra la oscuridad sin fondo. Carbunclos, diamantes, astros. Presencias confirmadas en lo Ignorado; pavorosos retos de ir á tocar aquellas claridades. Son miras de creacion en lo absoluto; son signos de distancia allí donde no hay ya distancia; son no sé qué numeracion imposible, y sin embargo real, de las distancias de las profundidades.

Un punto microscópico que brilla, despues otro, despues otro, despues otro; aquello es lo imperceptible, es lo enorme.

Aquella luz es un foco, aquel foco es una estrella, aquella estrella es un sol, aquel sol es un universo, aquel universo es nada. Todo número es cero delante de lo infinito.

Aquellos universos, que no son nada, existen. Al hacerlos constar se nota la diferencia que separa el ser nada del no ser.

Lo inaccesible añadido á lo inesplicable, tal es el cielo.

De su contemplacion se desprende un fenómeno sublime: el engrandecimiento del alma por el estupor.

El horror sagrado es propio del hombre; la bestia ignora este miedo. La inteligencia halla en este terror augusto su eclipse y su prueba.

La sombra es una; de ahí el horror. Al mismo tiempo es compleja; de ahí el espanto.

Su unidad abruma nuestro espíritu, y quita el deseo de resistir.

Su complejidad hace que se mire á todos lados; parece que hay que temer bruscas arremetidas.

El hombre se rinde, y se guarda. Se halla en presencia de Todo, de lo cual nace la sumision, y de Varios, de lo cual nace la desconfianza. La unidad de la sombra contiene un múltiple, múltiple misterioso, visible en la materia, sensible en el pensamiento.

La sombra es silenciosa, razon de mas para estar al acecho.

La noche — el que esto escribe lo ha dicho en otra parte — es el estado propio y normal de la creacion especial de que formamos parte.

El dia, breve en la duracion como en el espacio, no es mas que una proximidad de estrella.

El prodigio nocturno universal no se cumple sin roces, y todos los roces de una máquina tal son contusiones á la vida. Los roces de la máquina son lo que nosotros llamamos el Mal.

Sentimos en esta oscuridad el mal, repulsa latente al orden divino, blasfemia implícita del hecho rebelde al ideal.

El mal complica no se sabe qué teratología de mil cabezas, el vasto conjunto cósmico.

El mal está en todo y en todas partes presente para protestar.

Es huracan, y atormenta á un buque en su marcha; es caos, y contraresta el nacimiento de un mundo.

El Bien tiene la unidad, el Mal tiene la ubicuidad. El mal desconcierta la vida, que es una lógica. Hace devorar la mosca por el pájaro y el planeta por el cometa.

El mal es un borron en la creacion.

La oscuridad nocturna está llena de un vértigo. El que la profundiza se sumerge en ella y forcejea como el que se ahoga.

No hay fatiga comparable al exámen de las tinieblas. Es el estudio de lo borrado.

Ningun lugar definitivo donde descansar el espíritu. Puntos de partida sin punto de llegada.

El cruzamiento de soluciones contradictorias, todas las encrucijadas de la duda ofreciéndose al mismo tiempo, la ramificacion de los fenómenos esfoliándose sin límite alguno y renovándose indefinidamente, todas las leyes vertiéndose la una en la otra, una promiscuidad insondable que hace que la mineralizacion vegete, que la vegetacion viva, que el pensamiento pese, que el amor eche rayos y que la gravitacion ame; el inmenso frente de

ataque de todas las cuestiones desarrollándose en lo oscuridad sin límites; lo entrevisto esbozando lo ignorado; la simultaneidad cósmica en plena aparición, no á la mirada, sino á la inteligencia, en el grande espacio indistinto; lo invisible convertido en vision.

Es la Sombra.

El hombre está debajo de ella.

Él no conoce los pormenores, pero lleva, en cantidad proporcionada á su espíritu, el peso monstruoso del conjunto.

Esta obsesion impulsaba á los pastores caldeos hácia la astronomía. Revelaciones involuntarias salen de los poros de la creacion; un trasudor de ciencia se establece en cierto modo por sí mismo, é invade al ignorante.

Todo solitario, bajo esta impregnacion misteriosa, se hace á menudo, sin tener conciencia de ello, un filósofo natural.

La oscuridad es indivisible. Está habitada, habitada sin movimiento por lo absoluto, habitada tambien con movimiento.

En ella se mueve algo, cosa que inquieta. Una formacion sagrada cumple allí sus fases. Premeditaciones, potencias, destinaciones queridas, elaboran allí en comun una obra desmesurada. Una vida terrible y horrible está allí dentro.

Hay allí vastas evoluciones de astros, la familia de las estrellas, la familia planetaria, el pólen zodiacal, el Quid divinum de las corrientes, de los efluvios, de las polariza-

ciones y de las atracciones; hay allí adhesion y antagonismo, un magnífico flujo y reflujo de antítesis universal, lo imponderable en libertad en medio de los centros; hay allí la savia en los globos, la luz fuera de los globos, el átomo errante, el germen disperso, curvas de fecundacion, encuentros de cópula y de combate, profusiones inauditas, distancias que parecen sueños, circulaciones vertiginosas, hundimientos de mundos en lo incalculable, prodigios persiguiéndose unos á otros en las tinieblas, un mecanismo de una vez por todas, jadeos de esferas en fuga, ruedas que se sienten girar; el sabio conjetura, el ignorante consiente y tiembla; aquello es y se oculta; es inespugnable, está fuera de alcance, está fuera de ataque.

El hombre está convencido hasta la opresion. Tiene sobre sí no se sabe qué evidencia negra. No puede coger nada. Se halla aplastado por lo impalpable.

En todas partes lo incomprendible; en ninguna lo inteligible.

Y á todo lo dicho añádese la cuestion formidable: ¿esta Inmanencia es un Ser?

Estamos bajo la sombra. Miramos. Escuchamos.

Sin embargo, la tierra oscura marcha y rueda; las flores tienen conciencia de este movimiento enorme; el silencio se abre á las once de la noche, y el amanecer á las cinco de la mañana. ¡Sorprendentes regularidades!

En otras profundidades la gota de agua se hace mundo, el infusorio pulula, la fecundidad gigantesca sale del animalillo microscópico, lo imperceptible ostenta su gran-

deza, el sentido inverso de la inmensidad se manifiesta; una diatomea en una hora produce mil trescientos millones de diatomeas.

¡Qué proposicion de todos los enigmas á la vez!

Lo irreductible está allí.

El hombre está obligado á la fe. Creer por fuerza, tal es el resultado.

Pero tener fe no basta para estar tranquilo. La fe tiene no sé qué estraña necesidad de forma. De ahí las religiones. Nada es tan molesto como una creencia sin contorno.

Sea lo que quiera lo que se piense y lo que se desee, sea la que quiera la resistencia que el hombre encuentre en sí mismo, mirar la sombra no es mirar, es contemplar.

¡Qué hacer de estos fenómenos? ¡Cómo moverse bajo su convergencia. Descomponer esta presion es imposible. ¡Qué desvarío se agrega á todos esos lindes misteriosos?

¡Cuántas revelaciones abstrusas, simultáneas, balbucientes, oscureciéndose por su mismo tropel, especies de tartamudeces del verbo!

La sombra es un silencio; pero este silencio lo dice todo.

Una conclusion se desprende de ella magestuosamente: Dios.

Dios es la nocion incomprensible. Esta nocion está en el hombre. Los silogismos, las controversias, las negaciones, los sistemas, las religiones, pasan por encima sin menoscabarla.

La sombra toda entera la afirma.

Pero la turbacion está en todo el resto. ¡Inmanencia formidable!

La inesplicable inteligencia de las fuerzas se manifiesta por la conservacion de toda esta oscuridad en equilibrio.

El universo cuelga; nada cae. La dislocacion incesante y desmesurada se verifica sin accidente y sin fractura. El hombre participa de este movimiento de traslacion, y llama su destino á la cantidad de oscilacion que experimenta.

¿Dónde empieza el destino? ¿Dónde concluye la naturaleza? ¿Qué diferencia hay entre un acontecimiento y una estacion, entre una pesadumbre y una lluvia, entre una virtud y una estrella?

¿Una hora no es una ola?

Las ruedas en movimiento continuo, sin responder al hombre, continúan su revolucion impasible. El cielo estrellado es una vision de ruedas, de volantes y de contrapesos. Es la contemplacion suprema, duplicada por la suprema meditacion. Es toda la realidad y toda la abstraccion. Nada mas allá.

El hombre se siente cogido. Se halla á discreccion de la sombra. No hay evasion posible.

Se encuentra en el encaje de las ruedas, es parte integrante de un Todo ignorado, siente lo desconocido que tiene en sí fraternizar misteriosamente con un desconocido que tiene fuera de sí. Este sentimiento es el anuncio sublime de la muerte.

¡Qué angustia y al mismo tiempo qué arrobamiento!
 ¡Estar adherido á lo infinito, verse inducido por esta adherencia á atribuirse á sí mismo una inmortalidad necesaria, ¿quién sabe? una eternidad posible, sentir en el prodigioso oleaje de este diluvio de vida universal la obstinacion insuperable del Yo! ¡Mirar los astros y decir: yo soy una alma como vosotros! ¡Mirar la oscuridad y decir: yo soy un abismo como tú!

Tales enormidades son la Noche.

Todo esto, aumentado por la soledad, pesaba sobre Gilliatt.

¿Lo comprendia? No.

¿Lo sentia? Sí.

Gilliatt era un grande espíritu turbio y un gran corazón salvaje.

VI.

GILLIATT HACE TOMAR POSICION Á LA PANZA.

El salvamento de la máquina, meditado por Gilliatt, era, como hemos dicho ya, una verdadera evasión, y conocida es la paciencia que las evasiones requieren. Conocidas son también las mañas de que es preciso valerse. Estas mañas van hasta el milagro; la paciencia va hasta la agonía.

Un prisionero, Thomas, por ejemplo, en el monte Saint-Michel, encuentra el medio de meter en su jergon la mitad de un muro.

Otro, en Tulle, en 1820, corta plomo de la plataforma que cerca la cárcel. ¿Con qué cuchillo? no se puede

adivinar. Derrite el plomo. ¿Con qué fuego? se ignora. Vacía el plomo que ha derretido. ¿En qué molde? se sabe, en un molde de miga de pan; con aquel plomo y aquel molde hace una llave, y con esta llave abre una cerradura de la cual nunca había visto más que el agujero.

Gilliatt tenía de esas habilidades inauditas. Capaz era de subir y bajar el acantilado de Boisrosé.

Era el Trenck de un buque perdido y el Latude de una máquina.

El mar, carcelero, le vigilaba.

Digamos, sin embargo, que por ingrata y mala que fuese la lluvia, Gilliatt había sacado partido de ella. Había recogido un poco de agua dulce; pero su sed era inextinguible, y vaciaba su jarro casi tan pronto como lo llenaba.

Al llegar el último día de abril ó primero de mayo, estaba todo dispuesto.

El entarimado de la máquina estaba como enjaulado entre los ocho cables de las cabrias, cuatro á un lado y cuatro á otro. Las diez y seis aberturas por donde pasaban los cables estaban aserradas en la cubierta y en la carena. El empañado había sido también cortado con la sierra, las costillas con el hacha, el herraje con la lima y el forro con el escoplo.

La parte de quilla á que se sobreponía la máquina estaba cortada en cuadro y pronta á deslizarse con la máquina sosteniéndola.

Toda aquella espantosa balumba no dependía más que

de una cadena, y esta no dependía más que de una limadura.

Cuando se está tan cerca de la conclusión, la prisa es prudencia.

La marea estaba baja, y de consiguiente el momento era oportuno.

Gilliatt había conseguido desmontar el árbol de las ruedas, cuyas estremidades podían ser un obstáculo é impedir levar el ancla. Había podido amarrar verticalmente una pieza tan pesada á la jaula misma de la máquina.

Era ya tiempo de concluir. Gilliatt, como hemos dicho ya, no estaba fatigado, no queriendo estarlo, pero estaban fatigadas sus herramientas. El yunque de piedra se había hendido,

El fuelle empezaba á trabajar mal.

Siendo de agua de mar la cascada hidráulica, se habían formado en las juntas del aparato sedimentos de sal que dificultaban su juego.

Gilliatt se trasladó al ancon del Homme para inspeccionar la pared y asegurarse de que todo se hallaba en buen estado, particularmente las cuatro argollas de babor y estribor; levó en seguida el ancla, y se colocó á remo con la panza entre los dos Douvres.

El espacio intermedio de los Douvres podía admitir la panza. Había allí bastante fondo y bastante escotadura.

Gilliatt había reconocido desde el primer día que podía colocar la panza debajo de la Duranda.

La maniobra era sin embargo escesiva, exigía una pre-

cision de relojero, y la insercion de la barca en el escollo era tanto mas delicada cuanto que, por lo que queria hacer Gilliatt, era necesario entrar por la popa, con el górnalle delante.

Convenia que el mástil y los aparejos de la panza quedasen mas acá del buque náufrago, por el lado del boquete.

Estas complicaciones en la maniobra hacian la operacion difícil hasta para el mismo Gilliatt. No bastaba, como para entrar en el ancon del Homme, remar un poco sino que era menester empujar, tirar, bogar y andar á un mismo tiempo.

Gilliatt consiguió su objeto, pero no tardó menos de un cuarto de hora.

En quince ó veinte minutos la panza se acomodó debajo de la Duranda, donde quedó casi como embutida. Gilliatt echó las dos anclas formando horquilla.

La mayor se colocó de manera que contrarestase el viento mas fuerte y mas temible, que era el Oeste. Después, por medio de una palanca y un cabrestante, Gilliatt embarcó en la panza las dos cajas que contenian las ruedas desmontadas, cuyas eslingas estaban todas dispuestas.

Las dos cajas formaron lastre.

Desembarazado de ellas, Gilliatt ató al gancho de la cadena del cabrestante la eslinga del palanquin regulador destinado á mantener á raya las cabrias.

Para lo que Gilliatt meditaba, los defectos de la panza eran buenas cualidades. La panza no tenia cubierta, lo que

aumentaba la capacidad para el cargamento, pudiendo este descansar en la misma sentina.

Tenia el mástil muy adelante, tal vez demasiado, pero por lo mismo el cargamento tendria mayor espacio, y hallándose el palo fuera del buque náufrago, nada dificultaria su salida; la panza era una galocha, que es lo que hay en el mar mas sólido y estable.

De repente Gilliatt se apercibió de que el mar subia. Miró de donde venia el viento.

BIBLIOTECA
II. A. N. L.